

M. M., C. C. y B. B.

■ Si las autobiografías interesan más que las biografías, es porque en las primeras el lector tiene la posibilidad que, en un momento de descuido de quien está narrando su vida, aparezca lo más íntimo de su ser, aquello que se guarda secretamente para sí y que constituyen las fantasías con las que todo hombre y mujer condimentan sus existencias.

Un currículum nada dice de lo que efectivamente es una persona. Apenas se enumeran en él cargos detentados, honores recibidos, fechas de nacimiento, de matrimonio, de designaciones. Datos objetivos, fríos y externos que apenas si nos dan una idea de la fachada. Lo que interesa, en cambio, se calla. Aquello que puede develarnos quién es efectivamente Fulano de Tal. Cuáles son sus sueños dormido o despierto. Más los últimos que los primeros.

Algún día quizá yo intente una autobiografía en que narre no lo que hice y los demás vieron, sino lo que imaginé mientras veía consumirse mi cigarrillo o cuando, en las noches, esperaba la llegada del sueño reparador.

Y en esa autobiografía habrá, por cierto, un capítulo dedicado a mis amores, a las aventuras eróticas que tuve y a las mujeres que amé ficticiamente y que, a su vez, me amaron.

Tres fueron las que con más insistencia poblaron mis fantasías. Las tres eran estrellas de cine. Las tres, por rara coincidencia, tenían iniciales repetidas.

El idilio que duró más tiempo fue el que tuve con M.M., una rubia sensacional, cuya hermosura no impedía ver su sensibilidad extrema, un dejo de tristeza en sus ojos y una inteligencia despierta. De las tres, M.M. fue la única que se cruzó en mi vida física. Una vez, cuando ella estaba casada con Arthur Miller, logré colarme a un teatro donde el dramaturgo daba una conferencia. El asiento a mi lado estaba vacío cuando entré al teatro, pero antes de que el conferenciante iniciara su charla oí una vez —la misma de mis sueños, de mis fantasías, de mis ima-

ginarios devaneos—, que me decía: "Excuse me" y Marilyn Monroe pasó frente a mí y se sentó a mi lado. Si Marilyn hubiese percibido la leve presión que yo hacía con mi codo sobre su codo, tal vez nuestras dos vidas hubiesen cambiado. Ella no estaría muerta ahora y yo, por cierto, que ya me habría consumido. Pero M.M. estaba demasiado enamorada de Arthur Miller y se dedicó a mirarlo y admirarlo durante toda la conferencia, sin reparar en el codo que la rozaba. Así, decepcionado, abandoné a M.M. y me fui con C.C.

C.C. era italiana. Nada en ella había de sutil ni intelectual. Era igual que una buena lasagna: contundente. La geografía de su cuerpo que mi imaginación conoció en toda su magnificencia sólo era comparable con la monumentalidad de la Antigua Roma. Con ella fui César conquistando a Cleopatra; pero más frecuentemente me convertía en una síntesis de Rómulo y Remo amantado por la legendaria loba que tomaba la forma de Claudia Cardinale.

Cuando B.B. apareció en mi vida, me olvidé pronto de C.C. Entonces uno no lo sabía porque Nabokov aún no había escrito su famosa novela, pero B.B. era una Lolita. Su expresión era una síntesis de ingenuidad y de perversidad. A su lado, uno se sentía protector y abusador, gentil y depravado. Nuestro idilio duró un largo tiempo y tuvo que terminarse porque Brigitte Bardot —no yo— envejeció rápidamente y se dedicó a la protección de las focas.

M.M., C.C. y B.B. fueron los grandes amores de vida fantástica a la que dedicaré, algún día, mi autobiografía. Por ahora, quédense Uds. con este anticipo y la promesa de que cuando el libro aparezca no tendré vergüenza en contar hasta los últimos detalles de estos tórridos amores.

Ya verán. El libro se va a vender como pan caliente.